

Obama pide respeto

DARÍO VALCÁRCEL

ABC, 11-6-2009

El avance de la derecha en los electorados europeos, ¿es coyuntural o marca una evolución histórica? Dejamos hoy la cuestión para ir por orden, y pasar al formidable discurso de Barack Obama, el jueves último, en El Cairo.

Si algo compromete a un líder son sus palabras. Ese pretencioso juicio contra las palabras, repetido por israelíes y árabes, europeos y americanos, suele contener un mensaje vacío: Bueno, sí, el discurso estaba bien, pero las palabras no son suficientes, ya basta de retórica...

A veces la vulgaridad humana es infinita. Respeto: este es uno de los términos más comprometedores del discurso de El Cairo. Respetemos la cultura musulmana si queremos que los musulmanes nos respeten. Yo soy cristiano, dijo Obama, pero pido respeto para todos los credos.

En los últimos ocho años, la anterior administración americana había aplicado una política de venganza y miedo. La guerra elegida en Irak - frente a la guerra de necesidad en Afganistán- desembocó en las imágenes de Abu Ghraib, que deshonraron definitivamente a la presidencia de Bush.

Obama ha pedido respeto porque sin respeto no nos podemos aproximar a otras culturas, a la musulmana en particular. Para pedir respeto, hay que enfrentarse a problemas aplazados, como este de Palestina, con tantas gentes expulsadas de sus tierras en 1948, por los soldados del

recién nacido Israel. El respeto sólo puede nacer de valores universales, compartidos. Obama recordó cómo «las elecciones no constituyen por sí solas una democracia». Si no se aceptan las bases de toda sociedad fundada en el derecho -renuncia a la violencia, *rule of law*, libertad de prensa...- no hay democracia. Y sin democracia no se alcanzan acuerdos. Y sin acuerdos todo conflicto se torna incontrolable.

Obama recordó la relación inquebrantable que une a América con Israel. Pero a renglón seguido reclamó el rápido establecimiento de un Estado palestino, e insistió en el rechazo americano a los asentamientos israelíes. Advirtió que ningún Estado puede imponer sus fórmulas. Pero hay veces en que la paz internacional depende de la capacidad de diálogo de ese Estado. Obama tiene en su mano 3.800 millones de dólares concedidos anualmente a Israel en concepto de ayuda militar, y una cantidad superior en créditos comerciales y tecnológicos, también catalogados como ayuda. La altura del discurso de El Cairo no permitía descender a esos detalles (en torno al 4 por cien del presupuesto israelí). Pero permitió al presidente recordar que la situación de los palestinos era intolerable. Entre tanto el negociador norteamericano en el conflicto, George Mitchell, volaba hacia Israel. Naturalmente, las advertencias del presidente se dirigían a los dos campos. Hizbolá en el norte y Hamás en el sur han tratado de hacer, sin conseguirlo, una tenaza sobre Israel. Netanyahu y la ultraderecha ortodoxa han agradecido mucho sus disparos de mortero, que les dan pretexto para retrasar *sine die* cualquier avance hacia los dos Estados (un proyecto apoyado hoy, sin embargo, por la mayoría de los israelíes).

Conviene leer en el discurso el apartado 6, sobre la mujer. En el siglo XX, el mundo musulmán ha avanzado en este punto, desde Marruecos hasta

el Pacífico... Nuestras hijas, recordaba Obama, pueden contribuir tanto como nuestros hijos a una sociedad más justa. A quien se niega el derecho a la educación se le está negando el acceso a la igualdad. Estados Unidos apoyará la educación de la mujer y ayudará, con microfinanciación, a conseguir el trabajo que tantas han soñado. Estas son palabras, palabras, sí. ¿Pero no obligan a quien las pronuncia? El compromiso adquirido en la universidad del Cairo, ¿no fuerza a Obama a promover sin descanso el nacimiento del estado palestino?